



PICHEGRU.

## CAPITULO CUARTO.

Continuacion de la guerra en el Rhin. Toma de Nimegue por los Franceses. — Política exterior de Francia. Solicitan tratar muchas potencias. — Decreto de amnistia en favor del Vendée. — Conquista de la Holanda por Pichegrú. Toma de Utrecht, Amsterdam y otras ciudades principales; ocupacion de las siete Provincias Unidas. Nueva organizacion política de la Holanda. — Victorias en los Pirineos. — Fin de la campaña de 1794. — Solicitan la paz la Prusia y otras potencias coligadas. Primeras negociaciones. — Estado del Vendée y de la Bretaña. Puisaye en Inglaterra. — Providencias de Hoche para la pacificacion del Vendée. Negociaciones con los gefes de esta comarca.

Dueños los ejércitos franceses de toda la orilla izquierda del Rhin, y prontos á desembocar en la derecha, amenazaban á la Holanda y Alemania; pero al mismo tiempo ocurría la duda de si vendria hacerles marchar adelante, ó volver á entrar en sus acantonamientos.

A pesar de todos sus triunfos y de su permanencia en la rica Bélgica, se hallaban en la mayor desnudez y estaba completamente exhausto el pais



donde durante tres años habian permanecido innumerables legiones. A los males de la guerra se habian reunido los de la administracion francesa, que llevaba tras de sí los asignados, el *máximum* y las requisiciones. Unos ayuntamientos provisionales, con ocho administraciones intermedias y otra central establecida en Bruselas, estaban gobernando aquella comarca entre tanto que se decidia de su suerte definitiva. Ya se habian impuesto nada menos que 80 millones sobre el clero, las abadias, los nobles y las corporaciones. Se habia dado una circulación forzada á los asignados, y los precios de Lille habian servido para determinar el *máximum* en toda la Belgica. Los géneros y mercancías útiles para los ejércitos estaban sujetos á la requisición, y con todo eso no se podia poner término á la escasez, porque tanto los mercaderes como los arrendadores y colonos ocultaban cuanto tenian y así el oficial como el soldado carecian de lo necesario.

Con la leva en masa ejecutada el año anterior, equipada muy de prisa y trasladada de pronto á Hondtschoote, Watignies y Landau, no habia recibido el ejército entero de la administracion sino pólvora y proyectiles. Habia ya largo tiempo que no acampaba en tiendas, sino tenia que contentarse con bivacar al abrigo de ramas de árboles al principio de un invierno sumamente rigu-

roso. Muchos soldados estaban sin zapatos y con los pies envueltos en esteras de paja y cubriéndose con otras en lugar de capotes. Los oficiales, cuya paga era en asignados se veian reducidos á cobrar ocho ó diez francos efectivos al mes, y los que recibian algun socorro de sus familias, no podian comprar nada porque todo estaba embargado antes por la administracion francesa; y así tenian que sujetarse al mismo régimen que el soldado, andar á pie con la mochila al hombro, comer pan de munición y vivir de lo que daba de sí la guerra.

La administracion se veia sin ningun recurso, habiéndolos agotado todos con el extraordinario esfuerzo de levantar un millon y doscientos mil hombres. Tampoco la nueva organizacion de la autoridad debil y dividida, era la mas á propósito para adquirir el nervio y actividad necesaria: todo lo cual persuadia la necesidad de retirar el ejército á cuarteles de invierno y recompensarle de sus victorias y virtudes militares con el reposo y surtidos abundantes.

Sin embargo, nos hallábamos delante de la plaza de Nimegue, situada á orillas del Wahal, que es el nombre que toma el Rhin cerca de su embocadura; dominaba las dos orillas, y podia servir de cabeza de puente al enemigo para desembocar en la izquierda á la próxima campaña. Por consiguiente,



era muy importante apoderarse de aquella plaza antes de invernarse pero no dejaba de ser difícil la empresa. Ocupaba la orilla derecha el ejército inglés en número de 38 mil hombres y con un puente de barcas que tenía podía comunicarse con la plaza y surtirla de víveres. Además de las fortificaciones de Nimegue la precedía un campo retrincherado con muchas tropas, y era preciso para embestirla completamente trasladar á la orilla derecha un ejército precisado á aventurar el paso, dar una batalla y carecer de toda esperanza de retirada en caso de una derrota. Por tanto no era posible operar mas que en la orilla izquierda reduciéndose á atacar un campo atrincherado sin grandes esperanzas de buen éxito.

Sin embargo los generales franceses estaban decididos á probar uno de aquellos ataques bruscos y osados que en tan poco tiempo les habían abierto las plazas de Maestricht y Venloo. Conociendo los coligados la importancia de Nimegue se habían reunido en Arnheim para concertarse sobre los medios de defenderla, y convinieron en que un cuerpo Austriaco mandado por Wernek <sup>1</sup> pasaria al sueldo de Inglaterra y formaria el ala izquierda del duque de Yorck para defender la Holanda. Mientras que este duque con sus Ingleses y Hanoverianos permaneceria en la orilla derecha delante del puente de Nimegue y renovaria las

fuerzas de la guarnición, el general Wernek debía intentar por el lado de Wesel, mas arriba de Nimegue un movimiento muy raro que segun la opinion de los buenos militares era uno de los mas absurdos que haya inventado la coalición en todo el curso de sus campañas. Aprovechándose este cuerpo de una isla que forma el Rhin cerca de Buderich, debía pasar á la orilla izquierda é intentar una arremetida entre el ejército del Sambre y Mosa y el del Norte. De suerte que un cuerpo de 20 mil hombres iba á aventurarse del otro lado de un rio caudaloso entre dos ejércitos triunfantes de ochenta á cien mil hombres cada uno, para solo ver el efecto que en ellos produciria su presencia. Se le debian ir enviando socorros segun diesen de sí los sucesos y ya se echa de ver que este movimiento ejecutado con los ejércitos coligados reunidos podía llegar á ser grande y decisivo; pero ensayándole con solos 20 mil hombres venia á reducirse á una tentativa pueril y tal vez desastrosa para el cuerpo encargado de ejecutarla.

Con todo eso pensando salvar á Nimegue por aquel medio, mandaron los coligados avanzar por una parte el cuerpo de Wernet hácia Buderich y por otra verificar una salida de la guarnición de Nimegue. Esta última fue rechazada por los Franceses y asi como en Maestricht y Venloo ha-



bian abierto la trinchera á una inmediacion tal de la plaza cual nunca se habia visto en la guerra, así tambien una feliz casualidad aceleró sus trabajos. Los dos extremos del arco que describian al rededor de Nimegue venian á parar al Wahal, desde los cuales procuraban disparar sobre el puente, y en efecto algunos de sus proyectiles alcanzaron á varios pontones y pusieron en mucho peligro las comunicaciones de la guarnicion con el ejército ingles. Sorprendidos los Ingleses que estaban en la plaza de aquel acontecimiento imprevisto, restablecieron los pontones y se dieron gran prisa á reunirse con el grueso de su ejército en la otra orilla, abandonando la guarnicion á sus propias fuerzas, que solo constaban de 3 mil holandeses. Apenas observaron los republicanos aquella evacuacion cuando redoblaron sus fuegos, y asustado el gobernador, dió parte al príncipe de Orange y obtuvo su permiso para retirarse luego que viera que lo requería el peligro. No bien hubo recibido aquella autorizacion cuando pasó personalmente el Wahal y se introdujo la indisciplina en la guarnicion rindiendo las armas una parte de ella, y la otra por querer salvarse en un puente volante fué apresada por los Franceses que cortaron los cables y vino á arribar á una isla donde cayó prisionera.

El dia 8 de noviembre entraron los Franceses en

Nimegue y se encontraron dueños de aquella importante plaza, gracias á su temeridad y al terror que inspiraron sus armas. Durante aquel tiempo los Austriacos mandados por Wernek habian intentado desembarcar por el Wesel; pero el impetuoso Vandame cayendo sobre ellos inmediatamente que pusieron el pie del otro lado del Rhin, los repelió á la orilla derecha, y no fueron poco felices en no haberse adelantado; mas, porque se habrían espuesto á una destruccion completa. Ya por fin habia llegado el momento de retirarse á sus acantonamientos, supuesto que se habian hecho dueños de todos los puntos importantes del Rhin. No hay duda en que era un objeto digno de la ambicion de nuestro gobierno y de sus ejércitos conquistar la Holanda, asegurar con ella la navegacion de los tres grandes rios, Escalda, Mosa y Rhin, privar á la Inglaterra de su mas útil alianza marítima, amenazar la Alemania por sus flancos, interrumpir las comunicaciones de nuestros enemigos del continente con los del Oceano, ó por lo menos obligarles á hacer el largo rodeo de Hamburgo, y por último abrirnos la mas rica comarca del mundo y la mas apetecible para nosotros en el estado en que se hallaba nuestro comercio. ¿Pero cómo atrevernos á intentar aquella conquista de la Holanda, casi imposible en cualquier tiempo, pero sobre todo inegecutable en



la estacion de las lluvias? Situada en la embocadura de muchos rios, toda la Holanda se reduce á algunos trozos de tierra entre sus aguas y las del Oceano, estando en todas partes mas bajo el terreno que las aguas, y por consiguiente amenazado por el mar, el Rhin, el Mosa y el Escalda, y cortado ademas por una multitud de canales artificiales. Pero estas tierras tan bajas y amenazadas estan cubiertas de jardines, de ciudades manufactureras y de arsenales, de suerte que á cada paso que intente dar allí un ejército, se encuentra con rios caudalosos, cuyas orillas estan defendidas por muelles cargados de cañones, ó con brazos de rio y canales, igualmente defendidos por fortificaciones, ó últimamente con plazas que son las mas fuertes de Europa. Por tanto son imposibles aquellas grandes maniobras que tantas veces desconciertan la defensa metódica, haciendo inútiles los sitios, en un pais cortado y defendido por líneas innumerables. Aun en el caso de que un ejército llegue á vencer tantos obstáculos y penetrar en Holanda, no necesita el heroismo de sus habitantes hacer otra cosa sino la que hicieron en tiempo de Luis XIV, que fue romper sus diques é inundar el pais y el ejército temerario que hubiese penetrado en él. Siempre tienen á su disposicion sus navios, con los cuales pueden, como los Atenenses, huir

con sus principales riquezas, y esperar mejores tiempos ó trasladarse á las Indias á habitar el vasto imperio de que son dueños. Todavía eran mayores estas dificultades en la estacion de las inundaciones y con una alianza marítima como la de Inglaterra.

Verdad es que el espíritu de independencia que tanto cundia entre los Holandeses en aquella época, junto con su odio al Stathuderado y su aversion á la Inglaterra y la Prusia, como quienes conocian sus verdaderos intereses y conservaban grandes resentimientos por haberse apagado tan desgraciadamente su revolucion de 1787, daban cierta esperanza y casi certeza de que deseaban la entrada de los ejércitos franceses. Era de creer que se opondrian ellos mismos á que se rompieran sus diques y se arruinase el pais por una causa que detestaban; pero se veian oprimidos por los ejércitos del príncipe de Orange y del duque de Yorck, que juntos bastaban para impedir el paso de tantas líneas como era preciso vencer en su presencia. De todo esto se infiere que si era temeraria una sorpresa en tiempo de Dumouriez, pasaba á ser una verdadera locura á fines de 1794. Sin embargo la comision de salud pública escitada por los refugiados holandeses, pensaba seriamente en hacer una tentativa por mas allá del Wahal, en ocasion en que Pichegrú casi tan mal tratado como sus soldados, que



estaban llenos de sarna y miseria, habia ido á Bruselas á curarse de una enfermedad cutánea. Habian quedado en su lugar Moreau y Regnier<sup>2</sup> que ambos aconsejaban el descanso y los cuarteles de invierno. El general holandés Daendels<sup>3</sup> que era un refugiado muy valiente, proponia con instancia hacer una tentativa contra la isla de Bommel, salvo á no pasar adelante si salia mal el ataque. Está formada esta isla con el terreno que arrastran el Mosa y el Wahal, que corren paralelamente hacia el mar, juntándose un momento mucho mas abajo de Nimegue y separándose de nuevo para volver á reunirse otra vez en Wondrichem algo mas arriba de Gorcum. A pesar de los dictámenes de Moreau y Regnier se intentó el ataque contra aquella isla por tres diferentes puntos; pero no habiendo salido bien, se abandonó inmediatamente y con muy buena fé sobre todo de parte de Daendels, que se apresuró á confesar la imposibilidad luego que se convenció de ella.

Entonces, es decir, á principios de diciembre se le dieron al ejército los cuarteles de invierno de que tenia gran necesidad, y se establecieron algunos acantonamientos al rededor de Breda con intento de bloquearla. Ni esta plaza ni la de Grave se habian rendido todavia, pero no podia menos de obligarlas á ello la falta de comunicaciones durante todo el invierno.

Allí esperaba terminarle el ejército, y ciertamente tenia motivos para envanecerse de su gloria y de sus servicios; mas una casualidad que podemos llamar milagrosa, le tenia reservados otros destinos, porque el frio que ya era muy agudo, se aumentó de tal manera, que llegó á esperarse que se helarian los mayores rios. Salió Pichegrú de Bruselas sin aguardar su completa curacion, á fin de estar pronto para aprovechar la ocasion de nuevas conquistas si la estacion se la facilitaba. Efectivamente el invierno se fué haciendo cada dia mas áspero, y se anunció como el mas riguroso del siglo. Ya el Mosa y el Wahal arrastraban muchos témpanos y estaban trabadas sus orillas; pero el dia 23 de diciembre quedó enteramente helado el primero de estos dos rios, en términos de poder atravesar sobre él la artilleria. El general Walmoden, á quien el duque de York habia dejado el mando cuando marchó á Inglaterra, condenándole por este solo hecho á no sufrir mas que reveses, se vió en la situacion mas difícil, porque habiéndose helado el Mosa, se encontró á cuerpo descubierto, y como por otra parte amenazaban las crecientes del Wahal llevarse todos los puentes estaba muy comprometida su retirada. Muy poco despues supo que en efecto se habia llevado el puente de Arnheim y se dió mucha prisa á hacer que desfilase por su espalda la gruesa artilleria y



sus bagages, retirándose el mismo á Deventer en las orillas del Issel. Aprovechándose Pichegrú de la ocasion que le ofrecia la fortuna disipando en pocos dias todos los obstáculos que parecian invencibles, se preparó á pasar el Mosa por cima del hielo por tres puntos á un tiempo, y apoderarse de la isla de Bommel, mientras que la division que bloqueaba á Breda tomaba las lineas que rodeaban la plaza. Aquellos valientes franceses medio desnudos en el invierno mas crudo del siglo casi sin zapatos, salieron al instante de sus cuarteles y renunciaron al descanso que apenas principiaban á gozar. El 28 de diciembre, con un frío de 17 grados, se presentaron por tres puntos en Creve-Cœur, Empel y el fuerte de San Andres, atravesaron el hielo con su artilleria, sorprendieron á los Holandeses que estaban ateridos de frío y los derrotaron completamente. Al mismo tiempo que ellos tomaban la isla de Bommel, atacó las islas de Breda la division que la bloqueaba y se apoderó de ellas; de modo que asaltados los Holandeses por todos los puntos, se retiraron en desorden, unos hácia el cuartel general del príncipe de Orange que habia permanecido en Gorcun y otros á Thiel. En el desorden de su retirada no pensaron siquiera en defender los pasos del Wahal que no estaba enteramente helado, y como Pichegrú era ya dueño de la isla de Bommel, atravesó el Wahal

por diferentes puntos, aunque no se atrevió á aventurarse del otro lado del rio por no tener bastante consistencia el hielo para sostener la artilleria. En aquella situacion parecia desesperada la suerte de la Holanda si continuaban las heladas, y todo anunciaba que duraria el frío. El príncipe de Orange con sus Holandeses desalentados en Gorcun, y Walmoden con sus Ingleses en plena retirada sobre Deventer, no podian sostenerse contra un vencedor formidable que les era tan superior en fuerzas y acababa de romper el centro de su linea. No menos espuesta que la situacion militar era su situacion política, porque llenos los Holandeses de gozo y esperanza al ver acercarse á los Franceses, principiaban á agitarse, y era demasiado débil el partido orangista para imponer al republicano. Por todas partes le asaltaban los enemigos de la autoridad Stathuderiana reconviéndole de que habia abolido las libertades del pais y aprisionado ó desterrado á los mejores y mas generosos patriotas, y sobre todo de haber sacrificado la Holanda á la Inglaterra, comprometiéndola en una alianza opuesta á todos sus intereses comerciales y marítimos. Se reunian secretamente en juntas revolucionarias prontas á sublevarse á la primera señal, á destituir las autoridades y nombrar otras. La provincia de Frisa, cuyos estados se hallaban reunidos, se atrevió á declarar



que queria separarse del Stathuder y los ciudadanos de Amsterdam hicieron una representacion á las autoridades de la provincia, en que declaraban estar prontos á oponerse á todo preparativo de defensa, y que sobre todo no aguantarian que se intentase romper sus diques. En aquella desesperada situacion pensó el Stathuder en negociar y envió comisionados al cuartel general de Pichegrú pidiendo una tregua y ofreciendo por condiciones de la paz la neutralidad y la indemnizacion de los gastos de la guerra. El general frances y los representantes reusaron la tregua, y en cuanto á las ofertas de paz se refirieron inmediatamente á la comision de salud pública.

Ya la España amenazada por Dugomier, á quien dejamos bajando los Pirineos, y por Moncey <sup>4</sup>, que dueño de Guipuzcoa se adelantaba hácia Pamplona, habia hecho proposiciones de acomodamiento. Los representantes enviados al Vendée para examinar si era posible alguna pacificacion, habian respondido afirmativamente y propuesto un decreto de amnistia. Por secreto que guarde cualquier gobierno, siempre transpiran en el público este género de negociaciones, y si esto sucede con ministros absolutos é inamovibles ¿qué no sucederia con unas comisiones que se renovaban todos los meses por cuartas partes? Se sabia de público que la Holanda y la España hacian

proposiciones: se añadia que la Prusia desengañada de sus ilusiones, y reconociendo la falta que habia cometido en aliarse con la casa de Austria, tambien solicitaba tratar; todos los diarios de Europa hablaban de que en la dieta de Ratisbona muchos estados del imperio cansados de una guerra que les importaba muy poco, habian propuesto la apertura de una negociacion, de suerte que todo preparaba los ánimos á la paz; y asi como habian vuelto desde las ideas del terror revolucionario á sentimientos de clemencia, así pasaban ahora desde las ideas de guerra á las de una reconciliacion general con Europa. Se recogian las especies mas minuciosas para sacar conjeturas, y hasta los desgraciados hijos de Luis XVI, privados de todos sus parientes y separados uno de otro en la prision del Temple, habian notado algun alivio en su situacion despues del 9 de thermidor. El zapatero Simon que era ayo del joven príncipe, habia perecido como cómplice de Robespierre, y le habian substituido tres guardas de los cuales se renovaba uno cada día y le trataban con mas humanidad. De estas alteraciones en el Temple sacaba el público muchas consecuencias, y no daba ocasion á menores conjeturas el trabajo proyectado acerca de los medios de retirar los asignados de la circulacion. Los realistas que ya sacaban la cabeza, y cuyo número se au-



mentaba con los *cambiacolores* que siempre abandonan un partido luego que principia á ser débil, decian con malignidad que iba á firmarse la paz. Como ya no podian zaherir á los republicanos diciéndoles que sus ejércitos serian batidos, segun habian estado repitiendo mucho tiempo, les decian ahora que iba á detenerse el curso de sus victorias porque estaba firmada la paz; que no se conservaria el Rhin, que la condicion de la paz seria el restablecimiento de Luis XVII en el trono, la vuelta de los emigrados, la abolición de los asignados y la restitution de los bienes nacionales. Ya se deja discurrir cuanto irritarian estas voces á los patriotas, que asustados ya con las persecuciones dirigidas contra ellos, veian con desesperacion comprometido por el gobierno el objeto á que ellos habian aspirado con tanto ardor y decian: ¿á qué destinais al jóven Capeto? ¿Qué vais á hacer de los asignados? ¿No han derramado su sangre nuestros ejércitos mas que para ser detenidos en medio de sus victorias? ¿No tendrán la satisfaccion de dar á su patria la línea del Rhin y de los Alpes? La Europa ha intentado desmembrar la Francia, y en justa represalia debe esta ahora que se encuentra victoriosa, conquistar las provincias que redondean su territorio. ¿Qué se vá á hacer en favor del Vendée? ¿Se vá á perdonar á los rebeldes cuando se sacrifica á los patriotas?

Mas valdria, dijo un miembro de la montaña en un rasgo de indignacion, ser Charéte que diputado de la convencion.

Facil es de comprender cuan agitados andarian los ánimos con todos estos motivos de discordia unidos á los que daba de sí la política interior. Viéndose la comision de salud pública apurada por los dos partidos, creyó que era indispensable esplicarse, y así vino á declarar repetidas veces, ya por medio de Carnot, ya por Merlin de Douay, que los ejércitos habian recibido órden para continuar sus triunfos, sin escuchar proposiciones de paz mas que en las capitales enemigas.

En efecto la parecieron demasiado tardias las proposiciones de la Holanda para poder admitirse, y que no se estaba en el caso de consentir en negociaciones en el momento mismo en que iba á hacerse dueño del pais; mas antes la pareció muy digno de la república abatir el poder del Stathuder y favorecer á la república holandesa. Es verdad que con eso se esponia á ver pasar á manos de los Ingleses todas las colonias de Holanda y una gran parte de su marina, de que dirian tomaban posesion en nombre del Stathuder, pero eran de mayor importancia las consideraciones políticas. No podia dispensarse la Francia de humillar el Stathuderado, porque esta conquista de la Holanda aumentaba el prestigio de sus victorias, in-